



UNA PARISIENSE.

# RESTITUCIÓN <sup>(1)</sup>

Estas pobres canciones que te consagro,  
 En mi mente han nacido por un milagro.  
 Desnudas de las galas que presta el arte,  
 Mi voluntad en ellas no tiene parte:  
 Yo no sé resistirlas ni suscitarlas;  
 Yo ni aun sé comprenderlas al formularlas;  
 Y es en mi su lamento, sentido y grave,  
 Natural como el trino que lanza el ave.  
 Santas inspiraciones que tú me envías,  
 Puedo decir, esposa, que no son mías:  
 Pensamiento y palabra de ti recibo;  
 Tú en silencio las dictas, yo las escribo.

Desde que abandonaste nuestra morada,  
 De la mortal escoria purificada,  
 Transformado está el fondo del alma mía,  
 Y voces oigo en ella que antes no oía.

Todo cuanto en la tierra y el mar y el viento  
 Tiene matiz, aroma, forma ó acento,  
 De mi ánimo abatido turba la calma,  
 Y en canción se convierte dentro del alma.  
 Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,  
 Todo está confundido con tu recuerdo:  
 Sin él, todo es silencio, sombra y vacío  
 En la tierra, y el viento, y el mar bravío.

Revueltos peñascales, áspera breña  
 Donde salta el torrente de peña en peña;  
 Corrientes vividoras del claro río,  
 Religiosos murmullos del bosque umbrío;  
 Tórtola que en sus frondas unes tus quejas  
 Al calmante zumbido de las abejas;  
 Aguila que te elevas en corvo vuelo  
 Por el azul espacio que cubre el cielo;  
 Golondrina que emigras cuando el Octubre  
 Con sus pálidas hojas el suelo cubre,

Y al amor de tu nido tornas ligera  
 Cuando esparce sus flores la primavera;  
 Aura mansa que llevas en vuelo tardo  
 Efluvios de azucena, jazmín y nardo;  
 Brisas que en el desierto sois mensajeras  
 De los tiernos amores de las palmeras:—  
 De las pobres palmeras que, separadas,  
 Se miran silenciosas y enamoradas;—  
 Pardas nieblas del valle, nieves del monte,  
 Cambiantes y vislumbres del horizonte;  
 Tempestad que bramando con ronco acento  
 Tus cabellos de lluvia tiendes al viento;  
 Solitaria ensenada, restinga ignota  
 Donde oculta su nido la gaviota;  
 Olas embravecidas que pone á raya  
 Con sus rubias arenas la corva playa;  
 Grutas donde repiten con sordo acento  
 Sus querellas y halagos el mar y el viento;  
 Velas desconocidas que, en lontananza,  
 Pasáis como los sueños de la esperanza;  
 Nebuloso horizonte, tras cuyo velo  
 Sus límites confunden la mar y el cielo;  
 Rayo de sol poniente que te abres paso  
 Por los rotos celajes del triste ocaso;  
 Melancólico rayo de blanca luna  
 Reflejado en la cresta de escueta duna;  
 Lamento misterioso de la campana  
 Que en la nocturna sombra suena lejana;  
 Plegaria que te elevas entre la nube  
 Del incienso que en ondas al cielo sube  
 Cuando al Señor levantan himnos fervientes  
 Santos anacoretas y penitentes;  
 Ruinosas catedrales mudas y muertas  
 Cuyas góticas naves hallo desiertas,  
 Cuyas leves agujas al cielo alzadas  
 Parecen oraciones petrificadas;  
 Torres donde, por cima de la veleta  
 Que á merced de los vientos se agita inquieta,  
 Señalando regiones que nadie ha visto  
 Tiende inmóvil sus brazos la cruz de Cristo;

(1) Dedicatoria de un libro inédito.

Luces, sombras, murmullos, flores, espumas,  
Transparentes neblinas, espesas brumas,  
Valles, montes, abismos, tormentas, mares,  
Auras, brisas, aromas, nidos y altares,  
Vosotros en el fondo del alma mía  
Despertáis siempre un eco de poesía,  
Y es que siempre á vosotros encuentro unido  
El recuerdo doliente del bien perdido:  
Sin él, ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro  
De la tierra, y el viento, y el mar sonoro?

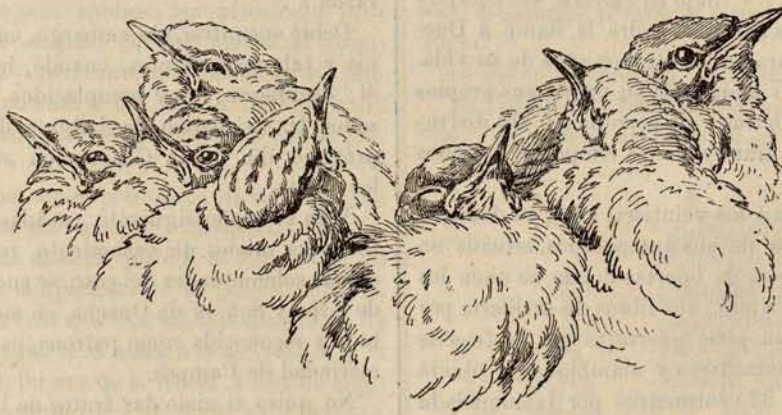
Ya lo ves: las canciones que te consagro  
En mi mente han nacido por un milagro.  
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:  
Por eso á tí, de hinojos, las restituyo.  
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,  
Sin su verdor el alma desnuda queda!

Pero no, que aun te deben mis amarguras  
Otras más delicadas, otras más puras:  
Canciones que, por miedo de profanarlas,  
En el alma conservo sin pronunciarlas;  
Recuerdos de las horas que, embelesado,  
En nuestro pobre albergue pasé á tu lado  
Cuando al alma y al cuerpo daban pujanza  
Juventud y cariño, fe y esperanza;  
Cuando, lejos del mundo parlero y vano,  
Íbamos por la vida, mano con mano;  
Cuando húmedos los ojos, juntas las palmas,

En una se fundían nuestras dos almas:  
¡Canciones silenciosas que el alma hieren!  
¡Canciones que en mí nacen, y que en mí mueren!  
¡Hechizadas canciones con cuyo encanto  
A mis áridos ojos se agolpa el llanto!

Y aun á veces alivian mis amarguras  
Otras más misteriosas, otras más puras:  
Canciones sin palabra, sin pensamiento,  
Vagas emanaciones del sentimiento;  
Silencioso gemido de amor y pena  
Que en el fondo del pecho callado suena;  
Aspiración confusa que, en vivo anhelo,  
Ya es canción, ya plegaria que sube al cielo:  
Inquietudes del alma, de amor herida,  
Vagos presentimientos de la otra vida;  
Éxtasis de la mente que á Dios se lanza;  
Luminosos destellos de la esperanza;  
Voces que me aseguran que podré verte  
Cuando al mundo mis ojos cierre la muerte;  
¡Canciones que, por santas, no tienen nombres  
En la lengua grosera que hablan los hombres!  
¡Los ángeles las cantan en las alturas,  
Y en la tierra las oyen las almas puras!  
Esas son las que endulzan mi amargo duelo;  
Esas son las que el alma llaman al cielo;  
Esas de mi esperanza fijan el polo;—  
¡Y esas son las que guardo para mí solo!

FEDERICO BALART.



# ¡PEPITO MÍO!

(IDILIO CASTELLANO)



I.

ONSTA que el Barón de Aspe era un santo varón. Miguel Rui de Peralta y Rui de Peralta, barón de Aspe y señor de Onecha, en la villa de Dueñas, heredó de sus mayores pingüe fortuna, y por poder ostentar algún título más que los de noble y rico, estudió en Segovia, llegó á capitán de artillería, y muy pronto dejó su carrera, «el cuerpo»

y «el arma», en cuanto su anciana madre le llamó á Dueñas, para que la acompañara en los últimos años de su vida.

En la villa residían los amigos de su padre, sus propios condiscipulos de primeras letras y de correrías, y allí disfrutaba del sencillo y rudo trato y de las simpatías de todos los vecinos.

Cuando colgó su espada á los veintiseis años, se dedicó á hermosear la casa y finca de sus antepasados, situada en medio de la pintoresca ribera de huertas donde se unen los ríos Pisuerga y Carrión. Cambió sus libros de artillería por los del arte rural, sus panoplias guerreras por trofeos de podaderas, azadillas, pulverizadores y alambiques, y olvidó los González Hontoria de 32 centímetros por la niquelada escopeta de Eibar, que fué en sus manos terror de los conejos del páramo, de las liebres de la vega y de las perdices del soto.

Después de una de las jornadas de invierno que pasaba con su madre en su vetusto palacio de Madrid, y antes de volver á disfrutar de la del otoño en Dueñas, recorrieron ambos durante el estío sus posesiones de Peralta, Falces y Funes, y fueron á reposar, según costumbre, á las playas de Deva.

Entre la distinguida sociedad que concurría á aquel puerto, conoció el Barón á la empingorotada familia de los Leivas de Tormantos, cuya única hija, Irene de Leiva y Ochánduri, hacía gala de llevar con toda prosopopeya el empaque de sus tatarabuelos, los primos hermanos del marqués de Pescara, gracias á algunos miles de cántaros de clarete que su padre cosechaba en la Rioja.

Tenia Irene dos años más que el Barón, y doscientos volúmenes de letra menuda más que él en la cabeza. Era hermosa en su físico y revelaba estudiada distinción en su atavío. Murmurábase entre la colonia veraniega que había desdeñado excelentes proporciones de casamiento, porque, según decía ella, «eran gentes de poco meollo los aristócratas que la asediaban, y en cambio, trascendían á plebe los sabios que con aquéllos concursaban á conquistar su corazón.»

Debió encontrar, sin embargo, en el Barón de Aspe alcurnia y talento bastantes, cuando, habiéndose entendido con él, decidieron, muy complacidos, la Baronesa vieja y el señor D. Crisógono de Leiva y de Tormantos, que en el próximo día de la Concepción se celebrara la boda de los chicos.

Y en el otoño siguiente, pasadas la luna llena de miel y todas las mieles del casamiento, regalos, oropeles, viajes y demás solemnidades del caso, se encontró la nueva Baronesa de Aspe y Señora de Onecha, en su chalet de Dueñas, asentada y reconocida como patrona, cacique y emperatriz de la merindad de Campos.

No quiso el cielo dar frutos de bendición al matrimonio, y á consecuencia de ello empezaron á descubrirse en la superficie de la vida de aquella feliz pareja así como algunas motitas del moho del aburrimiento.

La Baronesa se sintió muy inclinada á la meditación y á la iglesia, ampliando un tanto sus características cualidades de cristiana vieja, mujer fuerte y ortodoxa pensadora; y el Barón, «dejándola ir», se engolfó en la química agrícola, en la enología, en la apicultura y en otras diversas y muy inocentes maneras de gastar el tiempo y el dinero, sin

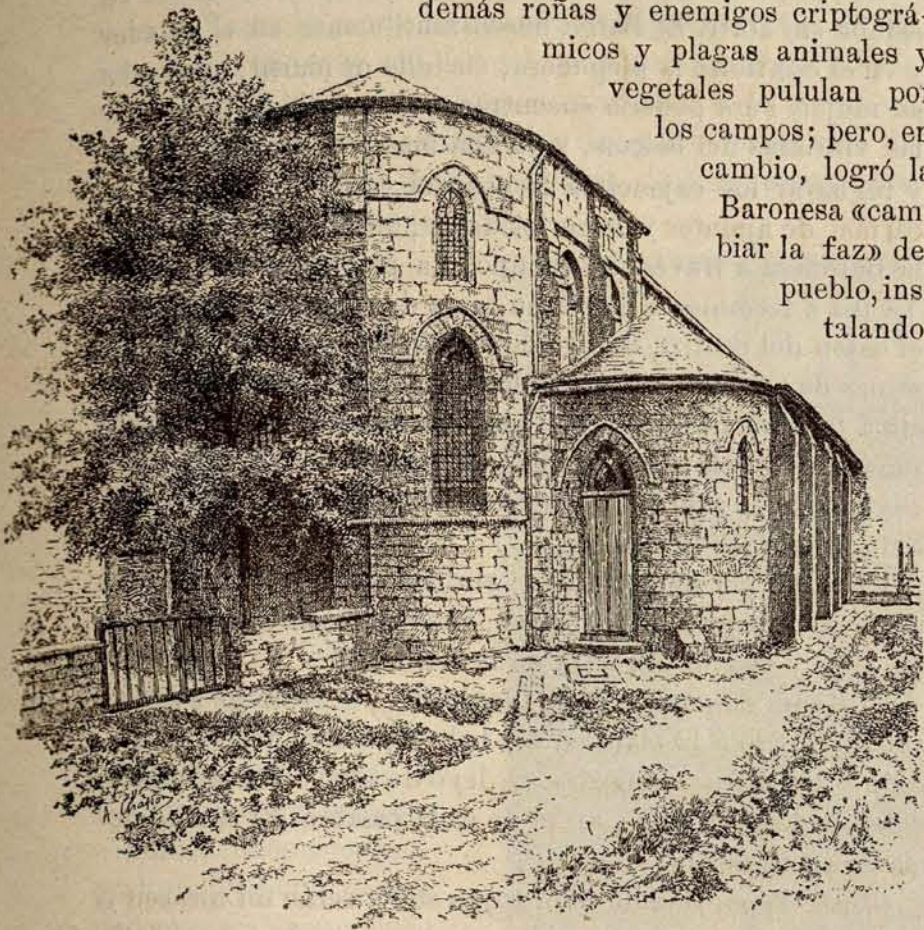
que lograrse encontrar un discípulo, ni un imitador en la comarca.

No progresó él mucho en sus experiencias rurales, porque parece que se conjuraron contra los esfuerzos de su sabiduría las heladas, los pedriscos, las avenidas, las sequías y cuantos *peronosperas*, *oidiums*, *melolonthas* y

demás roñas y enemigos criptográficos y plagas animales y vegetales pululan por

los campos; pero, en cambio, logró la

Baronesa «cambiar la faz» del pueblo, instalando,



con la ayuda de las principales damas que en él vivían, escuelas dominicales, asilos para muchachas desvalidas, cofradías diversas, conferencias doctrinales, velas constantes, propagandas contra la blasfemia, la embriaguez y el juego, y logrando, en fin, que se dulcificaran en mucho las costumbres y prácticas de gran parte de las gentes.

El éxito de esta campaña sublimó las afecciones místicas de la Baronesa, que empezó por dar magistral ejemplo con la vida recogida y edificante que hacía en su propia casa. En nada la contradijo su marido, considerando que así era ella completamente feliz, único ideal por él acariciado.

Convencido ó conforme con la pretensión de su mujer, de que no debía tratar con sus antiguos amigos de la villa, porque entre ellos «había mucha plebe», se encerró en su *chalet* durante las largas temporadas de su permanencia en Dueñas, y no hizo al fin más que dos salidas diarias: la de la mañanita temprano, para ir á misa con su costilla, y la de la tarde, de paseo á la huerta de la ribera, amén de algunas otras que en los mejores días de otoño solía realizar, marchándose á los páramos, al monte ó al soto con sus criados y sus perros.

Así transcurrieron ocho años.

Una tarde del mes de Agosto, en que habían concluido de comer, y en que el Barón, apurando su café, su copita doble de *fine Champagne* y su veguero, sentía que se le cerraban los ojos con el dulce sopor de la cotidiana siesta, que solía dormir en la butaca, en la apacible sombra del comedor—galería inmediata á la huerta, le dijo la Baronesa,

mientras gustaba los últimos sorbos del té, en su taza de Pikman, ornada con los timbres de Aspe:

—Miguel, oye.

El Barón abrió perezosamente un ojo, miró á su mujer, lo volvió á cerrar y contestó:

—Oigo, Irene.

—Mañana saldré para El Henar con la doncella y una de las muchachas; voy á hacer la novena que tengo prometida.

El Barón, dando la última chupada al cigarro, y sin abrir los ojos, añadió:

—Está muy bien.

—Oye, Miguel.

—Oigo.

—Estaré fuera de casa once días; dos en el viaje y nueve en El Henar.

—Muy bien.

—El ama de gobierno, Eliodora, está ya enterada de cuanto ha de disponer para el servicio de la casa, durante mi ausencia.

—Perfectamente.

—Excuso recomendarte lo de siempre, Miguel. A misa por la mañana; no te detengas en la calle, háblete quien te hable; nada de confianza con tus antiguos conocidos, ¿eh?

—Enterado.

—No te duermas; escucha. En los dos viernes que hay en esos once días, ya lo sabes, la vigilia.

—¿Qué más?

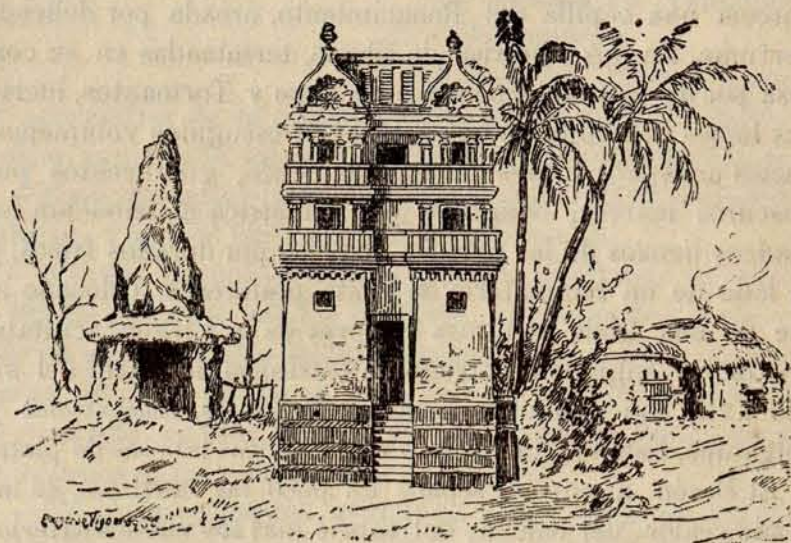
—Mira, para que entretengas dignamente el tiempo por la mañana, en mi gabinete te dejo el ejemplar de la *Práctica de contemplativos* del P. Toribio Torralva, que escribió hace doscientos treinta años y que se ha editado ahora de nuevo en Barcelona, cuya obra me ha enviado ayer desde Madrid Felicia, nuestra prima la Marquesa de Luco.

—Muy bien.

—Si ocurre alguna cosa, que creo que no ocurrirá, escríbeme, y lo dejaré todo y vendré al momento. Yo no necesito escribirte, porque supongo que no me pasará nada; ¿oyes?

El Barón no contestó. Se había dormido.

La Baronesa se levantó, cerró cuidadosamente las persianas y la puerta de la mitad de la galería y se fué al otro



extremo de ella, donde una muchacha la esperaba con una gran fuente llena de trozos de pan, de grano y de frutas. En cuanto asomó hacia la huerta, se oyó el estrépito del

vuelo de varias palomas, que descendieron desde lo alto de la casa hacia aquel lugar, y alguna de las cuales se posó en los hombros de la señora: una legión de gallinas acudió apresurada desde la empalizada abierta del corral cercano; por el sendero central de la huerta avanzaron desde un estanque, tambaleándose y con el pico abierto, graznando ansiosamente, un grupo de patos de múltiples colores, y en cuanto se oyó la algarabía que armaba aquel concurso alado, no quedó en los árboles de los alrededores ni un solo gorrión que no acudiera á la asamblea. La muchacha lanzó por el aire, á puñados y en diferentes direcciones, el contenido de la fuente, cuyo regalo se disputaron y devoraron en confuso revoltorio los convidados y los intrusos.

Terminado este pasatiempo diario, la señora de la casa se retiró; cada regimiento buscó la sombra en sus nidos, rincones y ramas, y volvió á reinar por todas partes el silencio, sólo alterado por los sosegados y largos ronquidos del Barón, que reposaba como un patriarca.

## II.

Al día siguiente, muy de mañana y después de misa, los Barones salieron en un landó, seguidos de un familiar, en el que iban una doncella y una criada, y llegaron á la estación del ferrocarril, donde Irene, con sus domésticas, tomó el tren correo con dirección á Valladolid.

Volvió el Barón á su casa, hizo su visita de inspección á la pajarera, dedicando cuatro mimos y silbidos á los canarios, puso á la sombra las perdices y reclamos, soltó los perros para que diesen una vuelta por el cercado, encendió un cigarro, se sentó á la sombra de una parra, cuyos colgantes racimos no rojeaban aún, y abrió el correo de Francia, entreteniendo largo rato con la lectura de los periódicos que recibía de París y de Burdeos.

Dió después un largo paseo por la huerta, y cuando el sol empezaba ya á molestar, subió á sus habitaciones, diciendo:

—Vamos á ver lo que dice el padre Toribio Torralba en sus *Contemplativos*.

Entró en el gabinete de su mujer, cuya estancia á la suave luz del poniente, filtrada al través de las vidrieras decoradas con grupos de guirnalda, tramas de cintas y geniecillos, parecía una capilla del Renacimiento, oreada por delicado perfume. En dos librerías de ébano, terminadas en su cornisa por los escudos enlazados de Aspe y Tormantos, lucían sus lomos policrómicos un centenar de escogidos volúmenes; varios artísticos cobres del arte flamenco, guarnecidos por oscuros marcos, ocupaban con simétrica distribución los blancos lienzos de las paredes, listadas por dorados frisos, y al lado de un reclinatorio de gusto plateresco, colocado al pie de una linda escultura francesa de la Virgen, ocultaba uno de los ángulos un arrogante escritorio de marfil del siglo XVII, con columnas mosaicas, cartelas, mascarones y colgantes, listado y tachonado con barrocas labores de plata.

El Barón, al entrar, separó un poco las cortinas, de labrado realce, del balcón, entreabrió más los visillos exteriores, y se dirigió al amplio velador del centro del gabinete, en el que, al lado de un gran jarrón de flores naturales, estaba en diminuto caballete de oro su retrato en traje de ca-

pitán de artillería, y en otros ricos marcos, el de la Baronesa mamá-suegra, el de don Crisógono y los de otros varios individuos de la familia. No se veía allí el libro del padre Torralba; pero pronto lo divisó, sobre la cubierta del soberbio piano de palosanto, casa Edmund Paulus, Stuttgart, que ocupaba el testero del gabinete.

La obra mística, en edición elzeviriana, estilo Carlos II, estaba sin abrir. El Barón buscó inútilmente en el velador y en el escritorio la plegadera, cuchillo de marfil, que usaba su mujer. Para poderla encontrar mejor, abrió de par en par las vidrieras del balcón, y ya con más luz, empezó á sacar y registrar los cajoncitos largos del escritorio, repletos de cartas, de apuntes y de curiosidades, que allí iba archivando la Baronesa á través del tiempo. La plegadera no parecía. Ya iba á terminar el Barón su tarea de rebusca, cuando, en el cajón del centro, debajo de su cartela, que ostentaba las armas de Onecha, halló, cuidadosamente envueltos en finísima tela de raso blanco, un ajado ramillete de antiguos pensamientos y claveles, y una cartera de dos hojas, sobre cuya cubierta aparecían entrelazadas y bordadas en oro con todo primor las iniciales *I y J*.

Excitado por la curiosidad, abrió la cartera y sacó de ella un medio plieguecito de cartas, timbrado con los atributos de Aspe y escrito con letra de la Baronesa.

El Barón empezó á leerlo, se detuvo, se restregó los ojos, acudió rápido á la claridad del balcón, con el rostro encendido y las manos crispadas, y leyó de nuevo con ansiedad, deteniéndose iracundo al fin de cada palabra. El escrito decía de esta manera:

«José, Pepe, ¡Pepito mío! tuyos son y serán mi corazón y mi espíritu; te amo en mi vida, en mis pensamientos y en mis acciones. No me olvides un solo instante y seré feliz. Nada me importa de cuanto me rodea sino el servirte. Hoy te dedico y pongo á tus pies estas flores, prenda segura de mi primero y único amor, que vivirá en mi pecho hasta la muerte.

»Cuando tú quieras llámame, porque estoy dispuesta siempre á seguirte con tal de que me acompañes en el momento supremo.

»José, Pepe, ¡Pepito mío! ¡Bendito seas!»

El Barón se llevó las manos á la frente, lanzó una exclamación horrible y dolorosa, y dijo, cerrando los puños:

—¡José, Pepe, Pepito mío! ¡Infame mujer! El cielo se me ha caído encima. ¿Sera verdad lo que veo? Si; esta es su letra, este es el papel que ha usado Irene muchas veces cuando se ha dirigido á personas de su intimidad. Este es seguramente el borrador de una carta; el testimonio vivo de su pérfida y solemne promesa.... ¡Pepe! pero ¿quién es este Pepe?.... ¿Dónde está este Pepito de mis entrañas, para buscarle y hacer que él ó yo desaparezcamos del mundo para siempre?

¡Oh infames y maldecidas mujeres! ¡y qué bien me tiene sobrido el seso con sus hipócritas y zalameras marrullerías! ¿Habrán en la tierra ser más imbécil y despreciable que yo? ¡Imposible!

Y mientras hablaba y vociferaba, dando vueltas por el gabinete y derribando á puñetazos retratos, flores y *bibelots*, fijó sus ojos en el libro del padre Torralba, y cogiéndolo frenético, lo arrojó por el balcón, acompañado de un terno sonoro, y exclamando:

—¡Váyanse el diablo y para siempre las *contemplaciones*?

Luego se encerró en su cuarto, leyó cuarenta veces la carta de su mujer, saturándose más y más de dinamita, y haciendo mil espantosos y variados propósitos, que iba á poner en práctica inmediatamente.

Su preocupación constante mientras almorzó y paseó por la tarde, fué la de averiguar quién sería aquel José tan idolatrado. Recorrió con la memoria todas las amistades de su casa, desde que conoció á Irene, y no le resultó ningún Pepe pintiparado para el caso del enamoramiento de la Baronesa.

Apenas pudo comer; retirado en la galería hasta más de la media noche, pensó de nuevo en realizar estupendos propósitos. Proyectó sucesivamente:

Pegarse un tiro.

Desheredar á la Baronesa y marcharse á América.

Ir á El Henar, matarla y tirarse de cabeza al Duero.

Devolverla á la casa de Tormantos y embarraganarse en cualquier rincón del mundo.

Despedir á la servidumbre, pegar fuego á la casa y meterse á fraile.

Pero... todos estos propósitos ofrecían la misma deficiencia: ¡Pepe quedaría vivo y triunfante, y tan fresco como si no hubiera roto un plato!

El problema grave, pues, era dar con Pepito; por él debía empezar la epopeya de su venganza.

Pero ¿quién era Pepe? ¿dónde estaba Pepe?

No había más remedio que esperar al regreso de su mujer, y obligarla á confesar quién era el culpable.

El Barón se decidió á esperar, aunque para ello hubiera de pasar diez días de mortales ansias.

A eso de las dos de la mañana se acostó, y procuró en vano conciliar el sueño; hasta que, al fin rendido, se durmió á las siete, y reposó malamente hasta las once, cuya circunstancia alarmó sobremanera á la servidumbre, siempre acostumbrada á que el Barón se desayunara muy temprano y fuera á primera misa.

El ama de gobierno, Eliodora, se aproximó cien veces á la puerta del gabinete de su señor, y al través de la cerradura, en medio del mayor silencio, oyó que el Barón roncaba y tosía de vez en cuando. No se atrevió á llamarle, ni á entreabrir la puerta, porque no tenía autorización para ello.

Los demás individuos de la servidumbre se enteraron de que el Barón seguía durmiendo, y Eliodora les dijo:

—Ayer estuvo el señorito muy disgustado; apenas comió y tal vez habrá tardado mucho en dormirse. Dejémosle descansar. Estoy segura de que le ha afectado mucho la ausencia de la señora Baronesa y de que por esto sufre. ¡Se quieren tanto!

### III.

Pareciéndole al Barón que la casa se le venía encima y que aquel horizonte de sus hábitos caseros le ahogaba, salió á la calle en cuanto tomó un ligero desayuno. Instintivamente, y por antigua costumbre, durante algunos años interrumpida, se fué á pasear á la sombra de la plaza. Apenas desembocó en ella se halló con un caballero de su edad, semicanoso, muy estirado de bigotes y vestido con descuidada elegancia, el cual, al verle, se detuvo como admirado, se sonrió, abrió sus brazos y estrechó entre ellos al Barón, diciéndole:

—¡Querido Miguel, barón de mi vida! ¿A qué debo la satisfacción de verte en el mundo?

—Me aburría en casa, amigo Cándido, y como suele decirse, «me he echado á la calle.»

—¿Y la señora Baronesa?

—Está en Valladolid de compras.

—¡Ah, pícaro! ¡cómo

te aprovechas de la ausencia de tu dueña, que, de seguro, á estar aquí, no te hubiera permitido semejante calaverada!

—Pues, permítala ó no, yo te juro que vuelvo á mi vida antigua, y que os haré compañía diariamente.

—¡Choca, Barón!—exclamó Cándido apretando su mano— así me gustan á mí los hombres, emancipados, y no reclusos siempre entre faldas como las monjas. Pero, en confianza, Miguel, ¿á qué se debe este cambio tan radical en tu conducta, cuando hace ya por lo menos tres años que no te veíamos el pelo en nuestras reuniones?

—No me lo preguntes, porque ni yo mismo lo sé. Lo que sí te aseguro es que estoy firmemente decidido á hacer mi santa voluntad.

—De ello nos alegraremos en el alma todos los amigos;



EN EL JARDÍN.

porque, la verdad, chico, la vida de secuestrado que hacías no hablaba mucho en tu favor, y excuso manifestarte que la hemos censurado muchas veces.

—Teníais muchísima razón para ello. He sido un imbécil y ha llegado ya la hora de la enmienda.

Y mientras paseaban y hablaban de esta manera, vino hacia ellos, desde el extremo opuesto de la plaza, agitando los brazos y dando voces, un hombre grueso, viejo, bien conservado, D. Blas de la Pared, farmacéutico titular de la villa desde hacía medio siglo, propietario respetable y autor de cuantos progresos, innovaciones, enredos, fiestas y sucesos políticos é impolíticos de alguna resonancia habían ocurrido en ella en todo ese tiempo.

Traía D. Blas su sombrero de jipijapa en una mano, dando la calva al sol, y en la otra un pañuelo de hierbas, con el que se frotaba la mollera y el rostro. Vestía traje de dril claro muy holgado, con tiznes de almazarrón, lacre ó unto rojo en el chaleco, en las solapas y en las bocamangas; no llevaba cuello ni corbata, y sus calzones de zuavo, replegados en salomónicas curvas sobre sus zapatos blancos, bajaban á formar la línea de la entrepierna muy cerca de las rodillas, dejando entrever en la cintura, sobre el alto relieve del abdomen, y gracias al chaleco dado con un solo botón, las hebillas de su pretina de cuero y los arrebujaos pliegues de la camisa.

Llegó á donde el Barón y Cándido estaban, dió al primero un repique de palmadas en la espalda, y unos cuantos apretones de manos al segundo, y exclamó después mientras se abanicaba con el sombrero:

—Dudaban mis ojos, señor Baroncito, de que fuera verdad la «sorprendente sorpresa» é inusitado é inverosímil caso de que se viniera usted á pasear á la plaza, fenómeno feliz y deseado, no visto desde hace muchísimos tiempos. Así es que, ¡calle usted, hombre! ¡porra! no sé lo que me digo, al verle de nuevo, como resucitado, entre nosotros! Así es que, decía, estaba yo leyendo *La Iberia*, mi perpetuo periódico, en el portal de la oficina, cuando de pronto mi hija Clodomira, que despachaba una receta á unos tíos de Tariago, alza la voz y grita: «¡Padre, allí tiene usted al señor Barón paseando en la plaza con el comandante Cigales!» Eléctricamente tiré el periódico, me quité las gafas y miré, sin poder dar crédito á lo que veía; y aun dudaba si sería usted ó no, cuando mi otra hija, Porcia, que regaba los tientos en el balcón, gritó desde arriba: «¡Padre, padre, mire usted al señor Barón paseando con Cándido Cigales!» Y nada, aquí me tiene usted precipitado, para darle la bienvenida y preguntarle por la salud de la muy respetable señora Baronesa, cuyos pies beso.

El Barón oprimió cariñosamente contra su pecho al veterano D. Blas, y contestó:

—Mi mujer no tiene novedad. Yo agradezco á usted, don Blas, el afecto y entusiasmo con que viene á verme, sentimientos muy naturales en usted, que siempre me quiso tanto, y mucho más exaltados por el retraimiento en que yo he vivido.

—Respecto á lo de quererle—añadió el boticario—yo le he visto á usted nacer; y bien puede asegurar que jamás tuvo el señor Barón, su padre, qué santa gloria haya, amigo más íntimo, más leal ni más desinteresado y respetuoso que yo. Yo le arreglé el colmenar, el invernadero y la bodega; le

enseñé á destilar licores, le embalsamé el perro *Galán*, y le curé un enfriamiento gástrico que le tuvo mortal por más de un año, después que le vieron todos los médicos de Madrid. En cuanto á usted, señor Barón, no podrá decirse que es discípulo mío de matemáticas, de artillería y de castrametación; pero ¿quién le enseñó á usted á hacer liga y lazos para coger pájaros? ¿quién le amaestró en el uso de la linterna mágica y en el arte de los veinticinco juegos de manos con que usted se lucía tantas veces cuando era soltero? Dejemos, pues, nuestro cariño aparte, que, como dicen los recetarios viejos, «es probado», y vamos á lo que importa, si es que se puede saber: ¿A qué debemos, señor Barón, el placer de verle entre nosotros?

—Ya se lo he dicho á Cigales; me aburre la vida casera; he llegado ya al límite de la conformidad, y vuelvo á mis antiguas costumbres; soy todo de ustedes.

—Me parece muy bien, señor Barón—prosiguió don Blas;—el hombre es autónomo y la mujer también, pero nunca deben la una ó el otro absorber al otro ó á la una. No sé si me explico. Bueno; pongo por caso que la señora Baronesa sea más santa y derecha que Santa Eduvigis, pero no empece el que á usted le deje con su peculiar autonomía de hombre social, comunicativo y transmisible. Creo que lo mismo se puede ganar el cielo viviendo metido en casa, cuidando canarios, podando ciruelos y leyendo libros fantásticos, que frecuentando el trato de las gentes, dejándose querer de los amigos y echando alguna que otra cana al aire. Francamente, señor Barón, ha estado usted así como metido tres años en presidio, sin culpa ninguna, y todos cuantos le queremos le consideráramos ya perdido y en camino de alguna deplorable chifladura. Pero, en fin.... Dios se ha compadecido de usted y de nosotros, y nos lo devuelve tan bueno y complaciente como lo fué siempre. Con que la señora Baronesa sigue tan admirablemente, ¿eh?

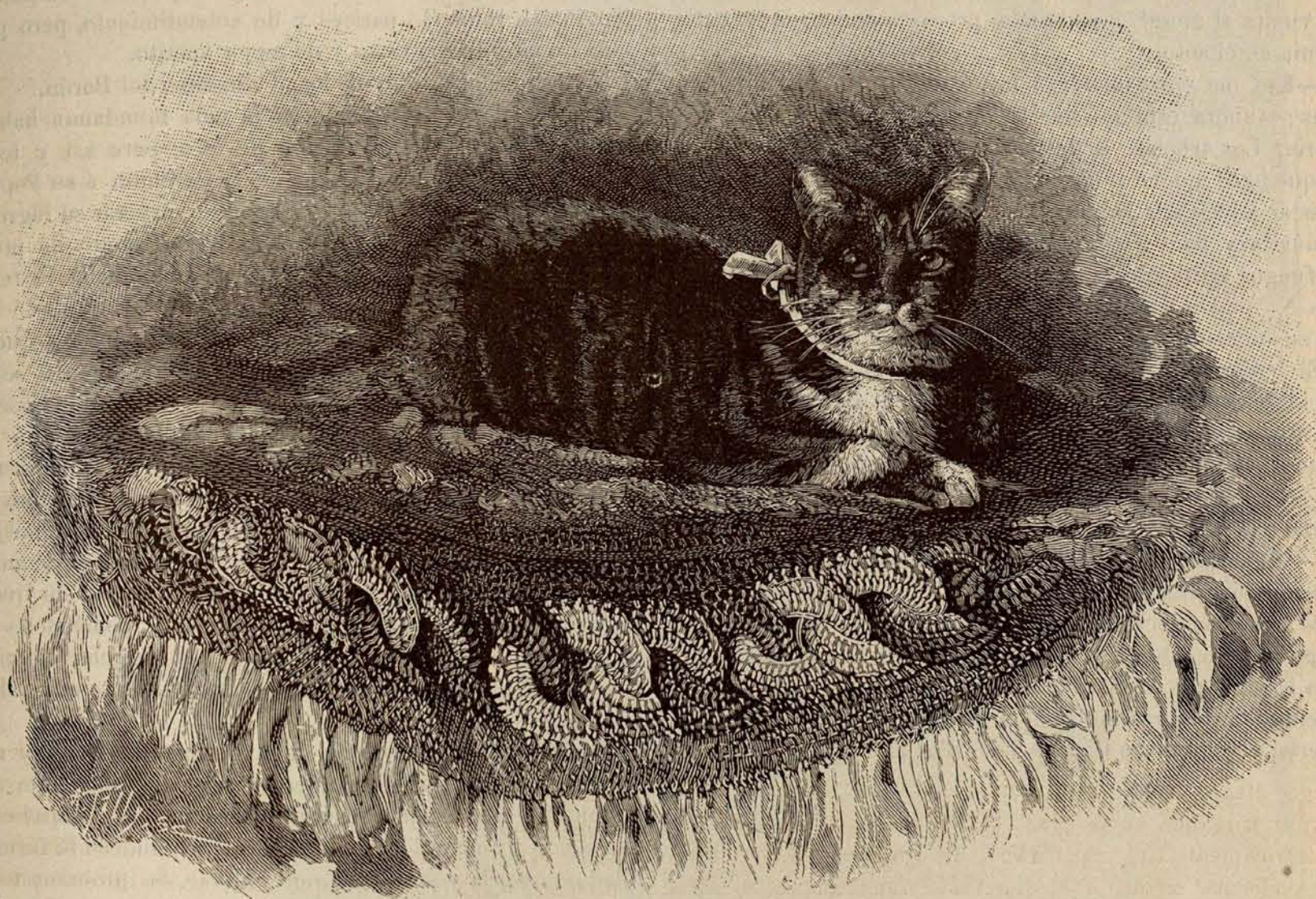
—Sí, señor: ayer salió para Valladolid á hacer unas compras, y no volverá en seis ú ocho días. ¿Y Clodomira y Porcia siguen lo mismo? ¿No se casan?

—¡Qué se han de casar, amigo mío! Ellas cumplen el precepto de su padre: «Para no ganar algo, no te muevas.» De vez en cuando les ha saltado por ahí algún pretendiente, más ó menos disimulado, cuyo análisis químico he hecho yo en cuanto les he visto; y ¿qué eran? abogadillos de pueblo, salidos de la Universidad, con escaso caudal en su casa y ninguno en la mollera, sin esperanza de mejorar de fortuna, ineptos para ganar una peseta en su profesión, con muchas aspiraciones y no pocos vicios, ansiosos de encontrar un suegro como yo, que al cabo de muchos años de trabajo se encuentra en desahogada posición, que podría muy bien traer á un par de yernos alojados á mi casa, para que me devoren la hacienda y me maten cuanto antes á malos ratos. Otras veces salta un empleaducho tiralíneas, que anda planeando alguna carretera, ó enredando el catastro, ó exprimiendo las contribuciones, ó persiguiendo la filoxera; ó algún teniente de la reserva, ó algún hidalgo propietario en liquidación, ó algún viajante en lanillas y calamidades. Total, nada: novios de á real y medio. Los hombres de provecho se han concluido, señor Barón. No hay porvenir para la juventud femenina. De la masculina no me ocupo, porque no he tenido hijos. Clodomira y Porcia están muy bien á mi lado. Es natural que como muchachas tengan grandes



deseos de casarse, y que discurran más que Galeno y Gay-Lussac para atisbar un novio tal cual lo han soñado; pero.... mientras tanto ¡quieto el perro! Clodomira es toda una farmacéutica, agricultora y mujer de administración, tan dispuesta para preparar la sal de Bethollet, y la Puchera de Campos en la oficina, como una paella de diez manjares en mi posesión de las Majadillas. Porcia es más artista; borda á maravilla, pinta cristales y transparentes, toca el piano y la guitarra, chapurrea el francés, sabe de memoria *La Traviata* y es maestra en el arte de rigodones, manchegas y

puso D. Blas;—porque á nuestro amigo, sin ofenderle, no tiene el diablo por donde atraparle. Comandante de cazadores á los treinta y dos años, se ve ya cansado de la vida, sin un terrón propio en su pueblo, por haberlos perdido todos al as de oros; sin salud, por haberla dejado hecha jirones en las callejuelas de los puntos de guarnición; sin fe en nada, porque jamás la tuvo; sin apego á ningún trabajo mental ni corporal más que al de fumarse sesenta cigarrillos diarios, y sin más que dos buenas cualidades: la de la simpatía que debe á su nombre, tan estimado por el de



## SIBARITA.

sevillanas. Un poco veteranas son ya ambas; tienen al dedillo la historia pública y privada de toda la pollería de veinte leguas al contorno, y lo que es á pico no las gana nadie. En fin, han heredado, cada cual á su modo, el genio de su padre, y yo me encuentro entre ellas como el pez en el agua.

—¿Y por qué no casa usted á alguna de ellas con este pícaro galeote que nos escucha?—dijo el Barón señalando á Cándido Cigales.

—Libreme Dios—contestó D. Blas—de semejante mal pensamiento.

—Y á mí, señor boticario—añadió Cigales—de semejante calamidad.

—¡Bien está el papa en Roma y Cigales soltero!—re-

puso D. Blas;—porque á nuestro amigo, sin ofenderle, no tiene el diablo por donde atraparle. Comandante de cazadores á los treinta y dos años, se ve ya cansado de la vida, sin un terrón propio en su pueblo, por haberlos perdido todos al as de oros; sin salud, por haberla dejado hecha jirones en las callejuelas de los puntos de guarnición; sin fe en nada, porque jamás la tuvo; sin apego á ningún trabajo mental ni corporal más que al de fumarse sesenta cigarrillos diarios, y sin más que dos buenas cualidades: la de la simpatía que debe á su nombre, tan estimado por el de

sus padres y abuelos en esta villa, y la de su envidiable buen humor perpetuo, capaz de alegrar á todo el género humano.

—Bien pintado estoy, querido suegro—exclamó Cigales

—¡Eso nunca! porque meterte á ti en mi casa, sería lo mismo que meter al nihilismo, á la Internacional y al cólera morbo.

—Pero ¿no es verdad, señor D. Blas—dijo el Barón—que, á pesar de tan estupenda historia, tiene el comandante muy buen corazón y que es un amigo modelo?

—Eso sí, señor Barón—contestó el boticario—eso sí; á cada cual lo suyo. Cándido es bueno por dentro, y como amigo resulta muy leal y caballero; y por eso precisamente lo ha sido siempre mío, aunque yo le he sermoneado como

nadie. Con que, señor Barón, ¿es verdad que podremos honrarnos en adelante con su compañía, en el paseo, en mi tertulia, en la caza y en todos los detalles de nuestra vida anterior?

—Creo que sí; y digo creo, porque dentro de breves días he de resolver un asunto muy grave para mí, después de cuyo tiempo podré dedicarme al método de vida que más me plazca.

El boticario se rascó una oreja, ante la misteriosa respuesta del Barón, diciendo para sus adentros:

—¡Á que me lo encierra de nuevo la Baronesa en cuanto vuelva!

—Pero bien, entretanto —añadió Cigales— para celebrar tu vuelta al mundo, podíamos preparar una tarde de ceremonia en el soto.

—Eso me corresponde á mí, caballeros— exclamó don Blas;— ahora está mi huerta de las Majadillas echa una gloria. Los árboles, la despensa y la bodega aguardan un ataque hace mucho tiempo, y mis hijas están siempre dispuestas á lucir sus habilidades culinarias. Habrá gran *menu* y música y baile, y yo prepararé para la noche una miaja de fuegos artificiales.

—No puedo aceptar los ofrecimientos de ustedes si antes no me complacen viniendo mañana á almorzar á mi casa.

El boticario y el comandante se miraron sorprendidos. Decididamente la conversión mundana del Barón iba de veras. En casa del Barón no había comido ni almorzado ninguno de la villa desde que la Baronesa llegó á Dueñas.

—Aceptado y agradeciendo— dijo Cigales, estrechando la mano al Barón.

—¡Superior, incomparabilísimo pensamiento!— exclamó el boticario frotándose las suyas.

Al sonar las doce, los amigos se separaron. Diez minutos después ya se sabía, con extrañeza y casi con escándalo, en toda la villa que la Baronesa estaba ausente, y que al siguiente día almorzarían con el Barón, en su aristocrática galería, el perdulario Cigales y D. Blas el tragador.

#### IV.

Cuando el Barón llegó á su casa, llamó al ama de gobierno Eliodora, y le dijo:

—Mañana vienen á almorzar conmigo D. Blas y Cigales. Á las doce en punto estaremos en la mesa.....

Eliodora, sorprendida y trémula, se santiguó y exclamó sin dejar que concluyera el Barón:

—¡Pero, señorito..... mañana es viernes!

—¿Y qué?— repuso él furioso.

—Que es día de vigilia, y ya sabe vucencia que la señorita tiene ordenado que en esos días.....

—¡Idos al diablo tú y la Baronesa! Aquí no hay más órdenes que las mías, y el que no las cumpla se va á la calle. ¡Toma!

Y el Barón se puso á escribir, en media carta, la minuta del almuerzo, bien pensada y con clara letra; minuta que arrojó sobre una mesa, dirigiéndose después hacia la galería y diciendo:

—¡Que me sirvan el almuerzo!

Eliodora volvió á santiguarse; miró fijamente al Barón que se marchaba, recogió la minuta, la revisó y haciendo grandes aspavientos de asombro, se fué á la cocina y con las lágrimas en los ojos leyó ante el asombrado concurso de los criados la orden de la función para el día siguiente.

—¡El señorito se ha vuelto loco, no hay duda!— exclamó, dejando caer la minuta en manos de la cocinera.

La tarde la pasó el Barón en la botica, oyendo á las niñas de D. Blas, que estuvieron sublimes en el arte de despellejar al prójimo. Al anochecer paseó con sus dos amigos, á los que se unieron otros varios: el secretario del Ayuntamiento; un ex funcionario de Cuba, fabricante de mentiras y poesías y un labrador «de los principales», ex diputado provincial, romo de narices y de entendimiento, pero persona de muy buena pasta y de mejor apetito.

Todos quedaron convidados al almuerzo del Barón.

Las emociones de la vuelta «á la vida mundana» habían calmado un tanto la excitación de éste; pero así y todo, leyó de nuevo la pícaro carta de la Baronesa á su Pepito, crispó los puños cien veces, y se decidió á esperar su regreso, proponiéndose hacer entretanto, y como á modo de preliminar venganza, todo lo contrario de lo que ella le tenía recomendado.

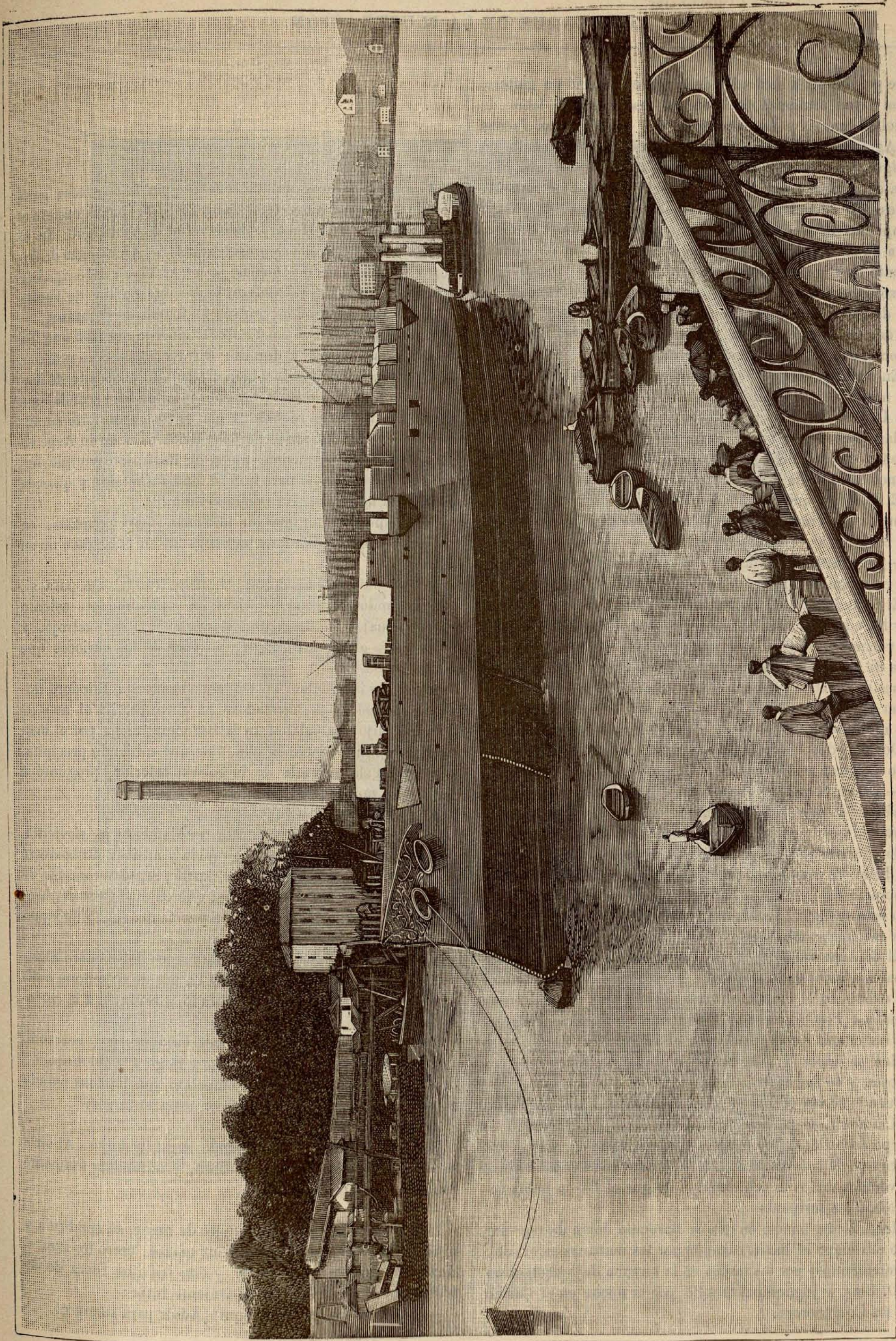
Volvió otra vez á ordenar á su cocinera vizcaína que el almuerzo fuera de lo más suculento y variado, «casi como para seis ó siete personas»; y él mismo escogió en la bodega los vinos más viejos y reputados que conservaba.

Y para entretener dignamente el tiempo en la siguiente mañana, mientras llegaba la hora de recibir á sus amigos, hizo un expurgo en los cajoncitos del escritorio de su mujer, en cuyos interiores departamentos jamás había puesto antes la mano, sacó á la galería un centenar de cartas de Irene, dirigidas á él antes y después de casada, y poniéndolas en un montón, les dió fuego y se deleitó con singular complacencia en ver cómo se reducían tantos cariños á humo y pavesas.

El almuerzo resultó digno de la cocina del Barón y del inconmensurable apetito de los invitados. Hubo cierta solemnidad y discreción al principio, las cuales desaparecieron con la primera docena de botellas, trocándose la formalidad en alegría y en placentero bullicio. Se probaron toda clase de vinos, se discutieron todos los principios políticos y sociales, se contaron cuentos de todos colores, y al fin hablaron, rieron y aplaudieron todos á un tiempo. Al anochecer hubo que llevar á su casa, en equilibrio inestable, á Cigales, al secretario y al poeta.

Eliodora, entretanto, encendió una vela á la Virgen como en día de nublado, y se pasó la tarde en su cuarto tiritando de horror ante las voces que daban los comensales.

Dos días después, el domingo, se verificó la excursión á Las Majadillas. Las niñas del boticario, con otras tres señoritas de la villa «y sus mamás», fueron en la tartana de D. Blas; el Barón llevó en su landó á Cigales y á otros dos amigos, y los demás salieron «á pata» por la mañana temprano, «con la fresca». El farmacéutico estaba en la finca desde el día anterior, preparando la fiesta. Se comió en la casa de campo y se merendó en la ribera. ¡Qué día tan inolvidable! Los tres ó cuatro años de recogimiento, de cilicios y de vigiliass del Barón se neutralizaron con la franca alegría y con el gran esparcimiento de aquella jornada. No se



EL CRUCERO «INFANTA MARÍA TERESA» EN LA RÍA DE BILBAO.  
( De fotografía. )

sabe por dónde, á mediados de la tarde apareció un gaitero, ante cuyas armonías bailaron los mancebos de labor de aquellos campos y las labradoras que concluían las faenas de Agosto. D. Blas hizo colocar debajo del emparrado un antiguo piano clavicordio, que desde mozo conservaba en la casa de campo, y aunque Porcia declaró que el instrumento necesitaba afinación y temple, como los del convite estaban templados de sobra, aplaudieron á rabiarse algunos «números» de la *Traviata* que la muchacha cantó, con acompañamiento de Cigales y del boticario mismo, y al fin el concurso pidió baile, y baile hubo; no pudiéndose eximir el Barón de bailar con la señora ex diputada provincial, jefa de los demagogos de la villa, y á la cual la Baronesa profesaba especial aversión y profunda *tirria*.

En cuanto anocheció se encendieron las carretillas, estrellas multicoloras, cohetes, culebras, mariposas y morteretes, que D. Blas había preparado con su enciclopédico cacumen. Á las once de la noche entraron los expedicionarios en Dueñas, celebrando á grito tendido la incomparable magnificencia de aquella hermosa fiesta.

El Barón, á quien el hormiguillo de su desventura no le permitía divertirse de veras, ni alegrarse sino en la apariencia, exclamó al verse en su casa:

—¡Qué lástima que después de tan buenos ratos tenga yo que estrangular á Pepe, donde quiera que dé con él!

El escándalo que la nueva conducta del Barón produjo en la villa y su comarca, no es para descrito. Hacíanse lenguas los vecinos tratando de adivinar la causa de semejante manera de proceder, y aunque ninguno podía dar con ella, unánimes declaraban que en cuanto volviera la Baronesa iba á sonar allí el trueno más gordo que oyeron los nacidos desde que el mundo se fundara.

Dos días después del jaleo de Las Majadillas, Cigales puso al Barón una expedicioncita á Valladolid.

—Allí ha llegado el empresario Pastor con una compañía de verso—le dijo;—del mérito de los actores no sé una palabra, ni nos importa, pero sé que ha traído un cuerpo de baile.... ¡pero qué cuerpo! ¡superior al que llevamos á Africa con Prim! Se compone de seis parejas «de primísimo», según la opinión del médico de Magáz, á quien he visto en la estación esta mañana. Vámonos, Barón, á Valladolid, y.... veamos ese cuerpo de baile.

El de Aspe vaciló, porque la proposición del comandante le parecía demasiado realista; ¿pero no era más real aún el que existía en el mundo un rival suyo, á quien la Baronesa llamaba «¡Pepito mío!» Con este razonamiento por delante, que era el que venía influyendo en su espíritu desde que se dedicó «á hacer la vida del hombre malo», cerró otra vez los ojos, y se fué á Valladolid.

Cuando se vió por la noche ante los bastidores del teatro de Calderón, le pareció bastante menos que mediano el cuerpo de baile; dejó á Cigales con sus ilusiones, y se retiró del campo de batalla. Al volver á Dueñas ya se repetía entre los vecinos una ruin calumnia: la de que el Barón había cenado con las suripantás.

Hasta el día mismo en que la Baronesa debía de regresar pasó el tiempo el Barón cazando por las mañanas en el soto, entreteniéndose por las tardes en la tertulia de la «rebotica» de D. Blas, y jugando al tresillo por la noche en el Casino «de los Comuneros».

## V.

Al mediar la tarde del día señalado por la Baronesa para terminar su viaje, llegó ésta, en un carruaje, por la carretera de Cuéllar y de El Henar, á la estación de Valladolid. En el andén encontró á la vicepresidenta de la Asociación de socorro de los pobres de Dueñas, la señora viuda del brigadier Rastrojo, que «por casualidad» se encontraba allí, de vuelta «de pasar un par de días con sus hermanas de Zaratán».

Ambas ocuparon el mismo departamento del tren que iba á salir para Dueñas, y durante el trayecto puso en práctica la brigadiera su «casual» y bien deliberado propósito de disparar sobre la Baronesa la relación total de los escandalosos hechos y picardías realizados por el Barón durante su ausencia, cuyas inesperadas noticias pusieron á la de Aspe en tal grado de desesperación, que la de Rastrojo tuvo que hacer grandes esfuerzos para que su muy respetable y querida presidenta no se arrojara por la ventanilla.

Confundida en un mar de lágrimas llegó á Dueñas, en cuya estación la aguardaba un coche de su casa, pero no su marido.

—¡Que me ha de aguardar ese monstruo!—dijo para sí, con profundo despecho, al tomar precipitadamente asiento en su carruaje, sin despedirse siquiera de la de Rastrojo, y procurando evitar las irónicas miradas de los curiosos que por allí abía.

Al pie de la escalera de su casa encontró á Eliodora mirando al suelo y deshaciéndose en suspiros. Ni el ama de gobierno dijo una palabra, ni la Baronesa, ciega por el despecho, aparentó fijarse en ella, sino que subiendo precipitadamente á la antesala de la galería interior, preguntó á una de las muchachas que allí aguardaba:

—¿Dónde está el señor?

—En su despacho—contestó timidamente la sirvienta, contemplando á la señora, que rápida y ansiosa desapareció por la puerta extrema del ancho pasillo, seguida también de las miradas de los demás criados, que en cuanto pasó, asomaron curiosos sus cabezas por la puerta del fondo de aquella estancia.

Eliodora, que había recogido de manos del cochero algunos pequeños bultos, pasó después en pos de su señora, obligando, con un altivo gesto de enfado, á retirarse á la curiosa servidumbre.

La Baronesa atravesó dos ó tres habitaciones, cerrando tras de sí las puertas con estrépito, y llegó á la del despacho de su marido, que abrió de un empellón, quedándose parada en medio de ella y exclamando con estridente voz:

—¡Canalla!

El Barón fumaba y leía cuando llegó su mujer. Al oír se levantó, tiró el cigarro y el libro, y mirándola fijamente contestó con aire provocativo.

—¡Mesalina!

Dejó caer la Baronesa su saquito de mano, su sombrilla y su libro de oraciones, extendió sus brazos, cerró los puños, lanzó una frenética carcajada, y con los ojos fuera de las órbitas repusó en medio de su ardiente furor:

—¡Señor Barón, yo sobro aquí! ¡Adiós para siempre!



Almanaque de *Lá Ilustración Española.*

*Chromotypogravure & Imprimerie Bousod, Valadon & Cie.*

## « RIÑA DE GALLOS »

POR COGGHE.



El Barón se abalanzó hacia su mujer cuando ésta iba á trasponer la salida; la cogió por los brazos, la sentó con fuerza en una butaca y dijo después de cerrar la puerta:

—¡Señora Baronesa, de aquí no huye nadie! ¡Mi honor exige inmediatamente una explícita explicación!

Levantóse altanera la Baronesa, y desgarrando su pañuelo empapado en lágrimas, exclamó:

—¡Del mal el menos; mi marido está loco! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Miguel, ¿qué has dicho de tu honor?

—No hay locura que valga, Irene; estoy en mi pleno juicio: mi conducta durante tu ausencia, y la que seguiré en adelante, obedecen á tu pérfida conducta.

—¡Qué taimadas y qué grandes cómicas ha hecho la Naturaleza á las mujeres! Te lo contaré todo, por más que la parte principal de lo que voy á decirte la sabes tú mejor que yo.

—¿Qué parte?

—La de tu Pepito.

Abrió desmesuradamente la Baronesa sus ojos y su boca en señal de asombro, miró á su marido de arriba abajo, se santiguó después y repuso:

—¿La de mi Pepito?

—Sí, señora; oye, pérfida, oye.

Y bajando la voz, se aproximó á su mujer y añadió:



Á ORILLAS DEL CANTABRICO.

La Baronesa quedó aterrada. ¿Á qué podía referirse su marido? Indudablemente el Barón estaba loco, aunque hablaba, al parecer, con entero y sereno razonamiento. Confundida y presa del mayor dolor, volvió á caer sobre la butaca, ocultó el rostro entre sus manos y sollozó amargamente, mientras el Barón añadía:

—¡Sí, llora, llora tus culpas, pobre mujer! ¡llora el engaño en que me has tenido durante tanto tiempo! Tal vez tu sincero arrepentimiento me podría calmar algún día, pero ¡pobre de mí! nuestro cariño concluyó para siempre.

Después de un largo rato de silencio, la Baronesa se acercó á su marido, y poniéndose ante él de rodillas, le dijo:

—Cuéntame, por Dios, cuanto te ha ocurrido desde que me marché. Dime en qué te he ofendido: habla pronto, antes de que el dolor me vuelva loca.

Levantó el Barón á su mujer, y dijo sonriendo maliciosamente:

—Tú, después de casada, has tenido un amante.....

La Baronesa, al oír esto, iba á gritar; pero su marido la impuso silencio, y continuó:

—Un amante, por el cual estás dispuesta á abandonarme cuando él lo disponga; un amante, que es lo único que te importa de cuanto te rodea, al cual dedicas estas flores, como prenda de que es y será tu primero y único amor....

Y el Barón, mientras hablaba así, sacó de su cartera el ramillete de flores que encontró en el escritorio de su mujer.

Ella, presurosa, cogió las flores, las besó y repuso:

—¿Quién te ha dado esto?

—¡Y las besa, infame!—prosiguió él, sin poder dar crédito á lo que veía.—Eso me lo dió quien me dió esta otra relevante prueba de tu perfidia: ¡oye, oye tu propia acusación!—añadió, desdoblando el billete del escritorio y empezando á leer:

—«José, Pepe, ¡Pepito mío! Tuyos son y serán.....»

La Baronesa cayó de nuevo de rodillas y exclamó:  
—¡Bendito seas, Dios mío, porque al fin has llenado de luz mi corazón!

Y levantándose, continuó, dirigiéndose á su marido:

—¡No leas más, Miguel! Te voy á decir de memoria todo lo que hay escrito en ese papel. ¡Como que lo vengo repitiendo por la noche y por la mañana desde hace muchos años! No te molestes en leer; oye.

El Barón, asombrado, dejó de leer y contestó con furia:

—¡Habrá cinismo semejante!

Y sin dejarle concluir añadió la Baronesa:

—«Tuyos son y serán mi corazón y mi espíritu; te amo en mi vida, en mis pensamientos y en mis acciones. No me olvides un solo instante y seré feliz. Nada me importa cuanto me rodea, sino el servirte. Hoy te dedico y pongo á tus pies estas flores, prenda segura de mi primero y único amor, que vivirá en mi pecho hasta la muerte.

»Cuando tú quieras, llámame, porque estoy siempre dispuesta á seguirte, con tal de que me acompañes en el momento supremo. José, Pepe, ¡Pepito mío! ¡bendito seas!»

—Pero ¿quién es ese Pepe, señora Baronesa?—exclamó el Barón;—acabemos de una vez. ¿Dónde está ese señor de tu albedrío? ¡Concluyamos, y yo concluiré con él!

—Aquí llevo siempre su retrato sobre mi corazón, Miguel; ahora mismo lo vas á conocer.

El Barón se lanzó á desgarrar los broches del vestido de su mujer; pero ésta, separándole suavemente, dijo, mientras sacaba del pecho un hermoso medallón de oro, que ocultó entre sus manos:

—Aquí está tu rival. El día en que me casé contigo le de-

diqué el ramo de pensamientos y claveles que tú me diste y que yo recibí como emblema de mi primero y único amor. Y aquel día escribí gozosa ese billete que me enseñas, y lo aprendí de memoria y lo he recitado todos los días. Antes de conocerte ya trataba yo con él; pero en cuanto me casé, creí necesario dedicarle todo mi corazón y todo mi espíritu. Como no puedo verle, y lo siento mucho, llevo su imagen siempre conmigo. El también es casado y, según me consta, hombre de gusto, en cuanto á haber escogido hermosa compañera. Por lo mucho que me ha favorecido desde que me casé, creo firmemente que me quiere de veras. Ahora lo vas á conocer y si lo encuentras á mano, mávalo cuando gustes.

Tentado estuvo el Barón, mientras su mujer hablaba, de hacer pedazos una silla en su cabeza; pero dispuesto á agotar hasta las heces la copa de su amargura, se contuvo.

—¡Mira, qué simpático es!—añadió la Baronesa, poniendo el medallón en manos de su marido.

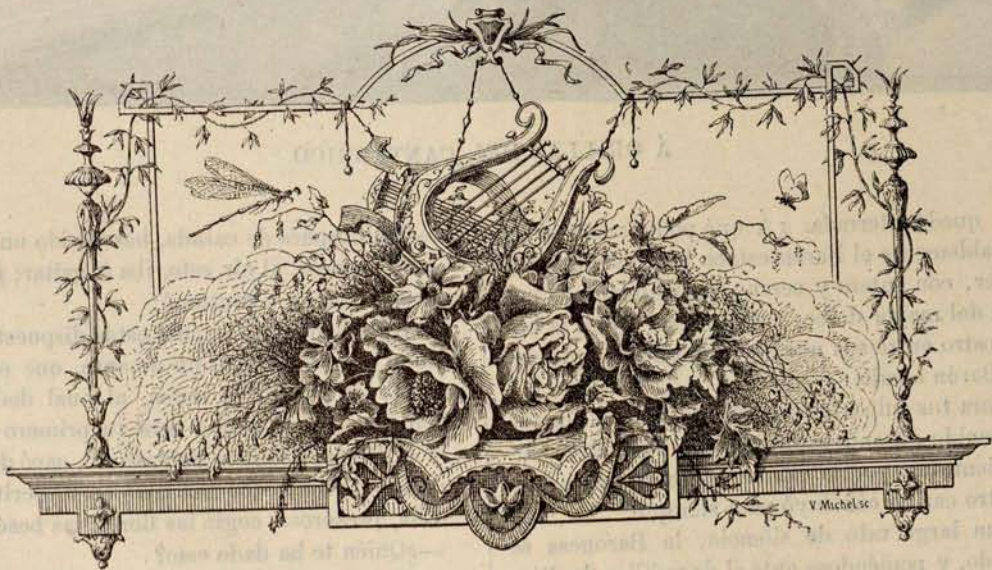
Cogió éste con frenesí el medallón; pasó por él rápidamente la vista, miró á su mujer y se quedó como ensimismado, con la boca abierta.

El medallón contenía una preciosa miniatura, que representaba á San José.

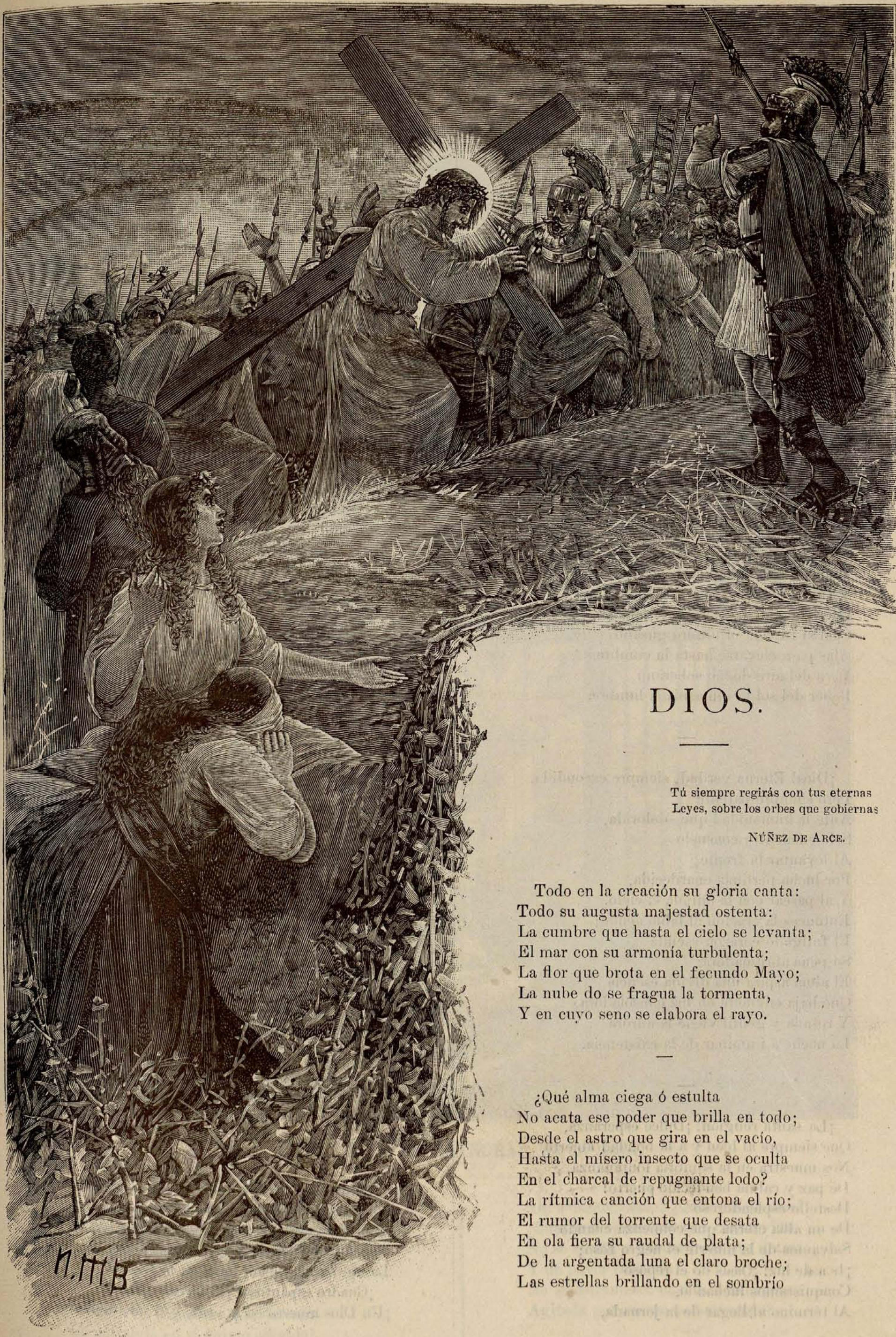
Después, entre gozoso y avergonzado, abrazó á su mujer, diciendo:

—Mira, Irene, si quieres que vivamos en paz, trata á los santos con menos confianza y á mí con más consideración. No te olvides nunca de que por creer yo que ese Pepito era uno de tantos, has estado fatalmente expuesta á quedarte sin marido.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.







## DIOS.

---

Tú siempre regirás con tus eternas  
Leyes, sobre los orbes que gobiernas

NÚÑEZ DE ARCE.

Todo en la creación su gloria canta:  
Todo su augusta majestad ostenta:  
La cumbre que hasta el cielo se levanta;  
El mar con su armonía turbulenta;  
La flor que brota en el fecundo Mayo;  
La nube do se fragua la tormenta,  
Y en cuyo seno se elabora el rayo.

---

¿Qué alma ciega ó estulta  
No acata ese poder que brilla en todo;  
Desde el astro que gira en el vacío,  
Hasta el mísero insecto que se oculta  
En el charcal de repugnante lodo?  
La rítmica canción que entona el río;  
El rumor del torrente que desata  
En ola fiera su raudal de plata;  
De la argentada luna el claro broche;  
Las estrellas brillando en el sombrío

Y puro azul del cielo de la noche,  
Pruebas son de su inmenso poderío.

—  
¡Dios! Al pensar en Él, el alma inquieta  
Se abisma en misteriosas reflexiones.  
Él enciende en la mente del poeta  
El fuego de las bellas creaciones,  
Y dulcifica su áspero destino  
Dándole las doradas ilusiones;  
Él inflama en el alma del asceta  
El sacro fuego del amor divino.  
Y santa inspiración presta al profeta.

—  
El hombre en el revuelto torbellino  
De la vida, queriendo, miserable,  
El velo desgarrar que á Dios envuelve,  
Intenta descubrir lo impenetrable;  
Pero toda su ciencia  
Se estrella ante el arcano,  
Y queda reducido á la impotencia;  
Y furioso y blasfemo se revuelve  
Queriendo analizar lo sobrehumano,  
Cual si tuviera el mísero gusano  
Alas para elevarse hasta la cumbre,  
Y ya del aire dueño soberano  
Beber del sol la inmaculada lumbre.

—  
¡Dios! Eterna verdad, siempre escondida,  
Pero siempre patente  
Ante la humanidad que, dolorida,  
Sólo encuentra consuelo  
Al levantar la frente  
Por lucha pertinaz enardecida,  
Y al pasear con la mirada el cielo.  
Entonces la oración al labio acude;  
El fatigado corazón sacude  
Su pena abrumadora;  
El alma aspira una divina esencia  
Que baja envuelta en luz consoladora,  
Y rosada y gentil viene la aurora  
La noche á iluminar de la existencia.

—  
¡La santa religión! ¡Dulce esperanza,  
Que siempre al bien y á la bondad abierto,  
Nos muestra en la sombría lontananza,  
De paz y calma bendecido puerto!  
Destello esplendoroso  
De un alba eterna que comienza cuando  
Salvamos de la muerte el negro foso;  
¡Isa de luz! ¡Oasis do el reposo  
Conquistamos luchando,  
Al término al llegar de la jornada,

Como el soldado que tras larga brega,  
Maltrecho, herido y rota la celada,  
Entre el recio clamor de la victoria,  
Y á través de la sangre que le ciega,  
Logra mirar su frente coronada  
Por el laurel invicto de la gloria!

—  
Campeones del mal, pobres cautivos,  
Vencidos siempre por dolor profundo;  
Como pasan las nubes por el cielo,  
Pasamos como sombras por el mundo;  
Es nuestra herencia el llanto; amargo duelo  
Nos punza el corazón sin tregua alguna;  
Luchando siempre con la adversa suerte,  
Corremos sin cesar tras la fortuna  
Que nunca hallamos, y al llegar la muerte,  
Dios en sus brazos nos recibe y posa  
En nuestra frente, en prueba cariñosa,  
Ese ósculo de paz con que la luna  
En medio de la noche silenciosa  
Acaricia el cristal de la laguna.

—  
¡Ved al Dios del Calvario! Cruda tarde;  
Las nubes entoldando el horizonte;  
Del negro cielo el resplandor cobarde  
Alumbra apenas el escueto monte.  
¡Ved al mártir rendido,  
Caminar abatido  
Al peso de la cruz que le doblega!  
¡Ved como humilde entrega  
Su noble cuerpo al pueblo sanguinario  
Que su existencia á destruir se lanza,  
Y satisface, ardiendo en ira ciega,  
El cínico placer de la venganza!

—  
¡Vedle grande, sereno.  
Con alma inmensa y fuerte,  
De majestad y mansedumbre lleno,  
Desafiar impávido á la muerte!  
Su mirada, reflejo de la gloria,  
Destello de bondad, rayo fecundo;  
¡Vedle acabar su vida transitoria  
Colgado en una cruz infamatoria  
Para salvar al mundo!

—  
¡Tragedia horrible, escarnio de la historia  
Del pueblo de Judá, torpe y demente,  
Que empujado por lúgubres vestiglos,  
Aun á través de diez y nueve siglos  
La eterna maldición lleva en la frente!  
¡Cuadro espantoso! ¡Dolorosa escena!  
¡Un Dios muerto en la cruz, y al pie, doliente,



CAPILLA EN LA CATEDRAL DE BURGOS.

La madre traspasada por la pena,  
Mostrando en su semblante refulgente  
La mate palidez de la azucena!

¡Horrible desenlace que derrama  
La nostalgia en el ánimo affligido!

¡Oh sublime Jesús! ¿Quién no te ama?  
¿Cuál será el corazón que conmovido  
No se sienta al recuerdo de ese drama,  
Y de pavor transido  
No se estremezca cual la débil rama  
Agitada por viento embravecido?

También por Ti, más tarde, con las manos  
Unidas que se alzaban á la altura,  
Morian en el circo los cristianos;  
Y mientras se ensañaba hasta la hartura  
En sus carnes el tigre, ellos, tranquila  
Clavaban en el cielo la pupila,  
Elevando á su Dios plegaria pura,  
Mientras, al ver de sangre el oleaje  
Surgir ardiente de la rota vena,  
Vociferaba el público salvaje.

—  
Cuando la noche con su calma augusta  
Sobre el mundo se extiende silenciosa,  
Contempla el criminal, con faz adusta,  
De su culpa el espectro que le acosa,  
Y siente que el crúel remordimiento  
Surgiendo en su conciencia tenebrosa  
Le hiere el corazón y el pensamiento;  
Llora de angustia, de pavor delira,  
Y entre la obscuridad de su aposento,  
Ve un ojo ardiente y fijo que le mira;  
Y se retuerce en medio del tormento  
Que á Cain devoraba,  
Cuando por frío de terror helado,  
Veía en él clavado  
El ojo que tenaz le contemplaba.

—  
Ese eres tú. Justicia que fustiga,  
Y premio al par que la virtud abona;  
Dulce piedad y látigo que hostiga;  
Severo juez que la maldad castiga,  
Y padre bondadoso que perdona.

—  
¿Quién niega á Dios? Quizá el materialismo  
Con su procaz cinismo  
Se atreva á desmentir su omnipotencia,  
Del orgullo en el loco paroxismo,  
Poniendo en parangón con él la ciencia.  
La ciencia humana al fin al suelo viene  
Del misterio al entrar en la penumbra,  
Y humillada y vencida se detiene;  
No es la suave claridad que alumbra,  
No el limpio arroyo que fecunda y baña,  
Sino la roja llama que deslumbra,  
El torrente que cae de la montaña.

—  
Aun siendo inmensa el alma, en su hondo seno  
Rugen las más furiosas tempestades;  
En ella vibra el rayo, estalla el trueno;  
Ideas locas su fulgor difunden  
En la mente encendida;  
Las sombras tenebrosas se confunden

Con las resplandecientes claridades,  
Librando el corazón batalla ruda;  
La energía decae desfallecida,  
Mientras se agita en impotencia muda,  
Enconada mordiendo con despecho  
En el fondo del pecho  
La víbora maldita de la duda.

—  
Pero al alzar la vista fatigada  
Á la región azul, la duda cesa  
Al ver la inmensidad que tachonada  
De luceros, parece una promesa  
Que Dios ofrece al alma desolada.

¡Celestial esperanza que fascina  
El corazón ardiente!

¡Lecho de vida, luz donde reclina  
El Rey de reyes su sublime frente!

Tras la llanura mágica del cielo,  
En áureo carro su esplendor pasea,  
Cuando el nublado con su denso velo  
Oculta el brillo de la luz febea,  
Y brama la borrasca, y cual la idea  
Surge de pronto en el cerebro humano,  
El campo rojo en el cenit flamea;  
No es el prodigio grande y sobrehumano  
De la electricidad el que le crea,  
No es que le forje la tormenta sorda;  
¡Es la ira celestial que se desborda!  
¡La mirada de Dios que centellea!

Manda el castigo al mundo que le irrita;  
Al mundo infame que su enojo excita  
Con inicuas torpezas y maldades,  
Y que sólo en el vicio se ejercita;  
Y desata contra él las tempestades,  
Y la terrible asoladora peste  
Que en los espacios incremento toma,  
Como un día su cólera celeste  
El fuego descendió sobre Sodoma.

Y luego, compasivo  
Rasga el compacto grupo de las nubes  
Que oculta la mansión de los querubes;  
Y hace brillar el sol, y el iris pinta  
Sobre el hermoso y diáfano celaje  
Residuo ya de la borrasca extinta,  
Y que parece sábana de encaje  
Que á trechos borda matizada cinta.

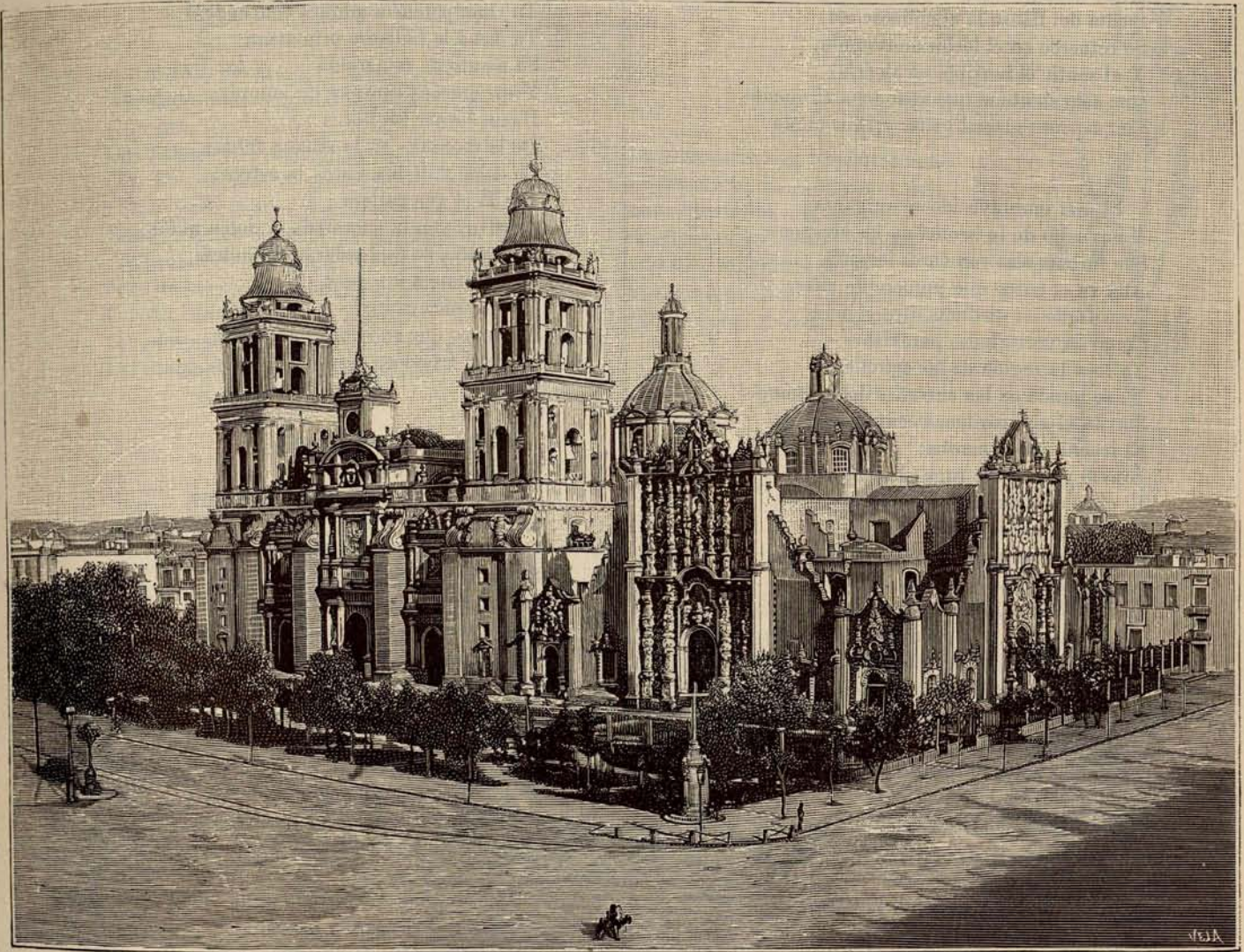
—  
De la montaña en la escarpada roca  
Alza el vesubio su penacho rojo  
Que hierve y arde y en las nubes toca;  
Mas llega la erupción, brama de enojo;  
El fuego que en su seno atesoraba,  
Se desborda en océano  
De abrasadora lava,  
Que la fértil campiña esteriliza,  
Y en su furor insano,

Sepulta entre montones de ceniza  
Las famosas Pompeya y Herculano.

¡Oh vosotros magnates de la tierra!  
¡Ruines pigmeos que os juzgáis colosos,  
Y que vivís con el delirio en guerra!  
¡Grandes y augustos reyes!

¡Gloria, orgullo y poder! ¡Vanidad suma!  
¡Granos de arena que arrebató el viento!  
¡Nubes que se deshacen como espuma!

Siempre tu augusto nombre  
En los labios del hombre  
Vibra como un destello de esperanza:



CATEDRAL Y SAGRARIO DE MÉJICO.

¡Señores poderosos  
Del orbe entero al que imponéis las leyes!  
¡Inclinad humillados  
La cabeza delante de ese trono,  
A cuyos pies los mundos siderales  
Se prosternan rendidos y asombrados!  
¿Qué valen vuestros solios imperiales,  
Ni qué vuestros palacios colosales  
Ante ese excelso alcázar donde mora  
El que con solo un soplo de su aliento  
Y el omnimodo influjo de su acento,  
Creó los astros y encendió la aurora?

Á Ti volvemos con temor los ojos,  
Y nos abres los brazos sin enojos,  
Sin ira, sin rencor y sin venganza.  
Cuando el alma combate  
El viento del dolor, cuando la frente  
Sobre el pecho se abate,  
Y envuelto en negras galas  
El ángel del dolor pesadamente  
Sobre ella extiende sus oscuras alas,  
Tu nombre el triste corazón evoca  
Mientras antes el alma que la boca,  
Alza ferviente la oración serena.

Al morir el ateo,  
Ese que de tu nombre ha renegado,  
Su conciencia examina como el reo  
Á la postrera pena condenado.  
Recorre su pasado;  
Al ver sus culpas, con terror advierte  
Va á pasar los umbrales de la muerte;  
Y aquel hombre que nunca ha derramado  
Ni una lágrima sola,  
Gime desesperado;  
Suelta del llanto la abundante ola;  
Se retuerce en el lecho moribundo,  
Y al sentir el horrible escalofrío  
Que sólo siente el que abandona el mundo,  
Con espanto glacial grita: «¡Dios mío!»

El mar embravecido se agiganta,  
Y envuelto de la bruma en los crespones,  
Sus turbias olas con furor levanta.  
Allá va el barco que juguete de ellas,  
Arrastrado en distintas direcciones,  
Como en vertiginoso paroxismo,  
Ya toca la región de las estrellas,  
Ya se hunde en las entrañas del abismo;  
Surcan el aire cárdenas centellas;  
El trueno ronco zumba;  
Bravío y desalado ruge el viento;  
El cielo en cataratas se derrumba,  
Y el líquido elemento  
Voraz intenta convertirse en tumba.  
Mas la plegaria del marino asciende,  
El negro seno de las nubes hiende,  
Llega hasta Ti, y á poco el viento cesa;  
Irradia claro el sol, el mar desmaya;  
La ola tranquila y rumorosa besa  
Las tostadas arenas de la playa,  
Y siguiendo feliz su rumbo cierto,  
De dulces auras al impulso suave,  
Gentil y airosa la velera nave  
Llega feliz al suspirado puerto.

El preso, desde el hondo calabozo  
Donde su falta expia,  
Te llama acongojado entre el sollozo,  
Del martirio sufriendo la agonía.  
Sus penas devorando,  
En Ti el ardiente pensamiento fijo,  
Piensa quizá en el hijo  
De quien le separó la culpa odiosa;  
En la adorada esposa  
Que á verle va tras las ferradas rejas,  
Y amante y cariñosa,  
Con él confunde lágrimas y quejas.  
Y con el alma inerte,  
Sufriendo de la angustia el fiero yugo,  
Mira el negro fantasma de la muerte  
Tras la negra silueta del verdugo;  
El patíbulo ve que se levanta

Fatídico y sombrío,  
Y el llanto que se anuda en su garganta  
Surge por fin cual desbordado río.  
Atribulado en su aflicción te nombra,  
Y Tú compadecido de su duelo,  
Haces brillar entre la negra sombra  
De su conciencia, el rayo de consuelo.

El corazón que ardiente te venera,  
Tu Omnipotencia admira confundido;  
Tú das á la radiante primavera  
Su manto de esmeralda  
Y sus eternos cánticos de amores;  
Haces brotar las flores  
De la montaña en la ríscosa falda;  
De color y de luz vistest la esfera;  
Por Ti el ave parlera  
Construye en la enramada el dulce nido:  
Tú prestas su esplendor á la pradera,  
Su perfume á las rosas,  
Y su música grata  
Al arroyo que en ondas bulliciosas  
Entre el frondoso césped se dilata.

Tú, grandeza y encanto  
Que fascina y conmueve  
Das al invierno al extender el manto  
De inmaculada nieve,  
Que, cual sudario inmenso,  
Se pierde deslumbrante  
Del horizonte en el confin extenso:  
Y en los árboles, hilos de diamantes  
Haces que el hielo forme  
En la noche invernal, para que luego,  
Cuando el sol de su enorme  
Disco, la vida con su lumbre vierta,  
Á su beso de fuego,  
El prodigio inaudito se transforme,  
Y el hielo en agua pura se convierta.

Imprimes al otoño triste sello,  
Prestándole el poético destello  
De sus tardes tranquilas, en que gime  
El rumor de la brisa en el oído,  
Como ¡ay! de un alma que el pesar oprime,  
Y en que la faz del sol medio escondido  
Ya tras la cima del lejano monte,  
Amarillo fulgor deja esparcido  
Por la vasta extensión del horizonte.

¡Oh, sí! ¡Que todo tu bondad respira!  
¡Todo en tu gloria y tu poder se inspira!  
¡Á tu inmutable ley todo se ajusta!  
Para cantar Tu Majestad augusta  
¡¡Se transformó la creación en lira!!  
Por Ti los denodados campeones,

Abatiendo el poder de los infieles,  
 De fe henchidos los fuertes corazones,  
 Con la cruz por enseña en sus pendones,  
 Conquistaron espléndidos laureles.  
 Por Ti, en la lid reñida,  
 Derramaron su sangre generosa,  
 Sacrificando con placer la vida,  
 Héroes ilustres que la historia aclama,  
 Y divulga con voz estrepitosa  
 La trompa resonante de la fama.

¡Oh Dios del Sinai, grande y severo!  
 ¡Bondadoso á la par que justiciero!  
 ¡Inmenso y colosal como el espacio  
 Que habitas por espléndido palacio!  
 ¡Tú, á cuyos pies se agitan las centellas!  
 ¡Tú, á quien envuelve en alas de topacio  
 El sol, á quien coronan las estrellas!  
 ¡Tú, que ofreces al alma  
 Tras de las recias luchas de la vida,  
 Celeste oasis de perenne calma!  
 ¡Tú, destello de luz que ardiente brota  
 Del centro de la nube ennegrecida

Que sobre el mar de las tinieblas flota!  
 ¡Tú, Ser omnipotente,  
 Á cuyas plantas se prosterna todo,  
 Y en el suelo la frente  
 Hunde el triste mortal, hijo del lodo!  
 ¿Cómo podrá cantarte  
 La pobre lengua humana,  
 Y en sublimes estrofas ensalzarte,  
 Si con sus ricas galas, es el Arte  
 Polvo ante tu grandeza soberana?

.....  
 .....  
 .....  
 .....  
 .....  
 La aurora en el azul resplandecía:  
 Cantaba el ave, murmuraba el río:  
 Blando viento los árboles mecía  
 Cubiertos por las gotas de rocío,  
 Y serena y magnífica se oía  
 Alabando á su Dios, la melodía  
 De los mundos rodando en el vacío.

LUIS DEL RÍO.

